

Capítulo 12

Cerrando el libro

Daniel 12

Al estudiar el libro de Daniel, hemos notado la secuencia divinamente elaborada de las porciones proféticas del libro. Hay una progresión diseñada minuciosamente en cada una de las profecías de Daniel en los capítulos 2, 7, 8, 9 y 11. Cada profecía sucesiva se basa en las profecías anteriores en un patrón de repetición y ampliación. Ya hemos descubierto que, sin importar dónde pueda comenzar, cada profecía de Daniel termina con el regreso de Jesús y el establecimiento de su Reino eterno. La historia no es circular; no va en ciclos interminables. Las profecías de Daniel nos llevan a lo largo de los siglos hasta el gran final de todas las cosas. El libro de Daniel revela que hay esperanza para nuestro planeta cansado y lleno de pecado. El libro de Daniel dice: “¡Qué tu corazón lata de esperanza!” Y todo el libro llega a un gran clímax en el capítulo 12, con la victoria final de Cristo sobre todas las fuerzas del mal.

Miguel se pone de pie para liberar a su pueblo

El enfoque del capítulo 12 está en el momento en que Dios libera a su pueblo.

En ese tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Muchos de los

que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna. Entonces los sabios resplandecerán como el fulgor del firmamento; y los que enseñan justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad (Dan. 12:1-3).

En el capítulo 10, descubrimos que Miguel es uno de los nombres para Jesucristo. Jesús es eterno. Él no es un ser creado como los ángeles. La palabra Miguel significa literalmente “uno que es como Dios”. Este nombre se usa para Jesús como el Dios poderoso en conflicto directo con Satanás. En los últimos días de la historia de la tierra, Miguel, Jesucristo, se levantará para liberar a su pueblo. Él es el poderoso guerrero que nunca ha perdido una batalla contra Satanás. Él es el conquistador todopoderoso. Él es nuestro Señor triunfante. Podemos tener absoluta confianza de que un día él derrotará a los poderes de las tinieblas. Tenemos la seguridad total de que, en Cristo, por medio de Cristo y por Cristo, estamos en el lado ganador. La frase “se levantará”, del versículo 1, es una interesante elección de palabras. Implica que Miguel ha estado sentado antes de ponerse de pie. ¿Tenemos alguna descripción, en las profecías de Daniel, de que hubo un tiempo en que Jesús, el Hijo del Hombre, se haya sentado?

En el capítulo 7, Daniel dice:

Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego delante de él. Miles de

millares le servían, y millones de millones
asistían ante él. El tribunal se sentó en juicio,
y los libros fueron abiertos (Dan. 7:9, 10).

Esta es la descripción del profeta del juicio que está sucediendo en el Cielo. El Anciano de Días (Dios el Padre) se sienta cuando la corte es convocada, y el juicio comienza. Daniel nos está diciendo que, al final de los tiempos, justo antes de la venida de Jesús, habrá un juicio cósmico y eterno que examinará los libros de registro y revelará que Dios es justo, equitativo y recto en la forma en que él ha tratado cada caso en el conflicto entre el bien y el mal. En el Juicio, ante un mundo que expectante y un Universo que observa, el destino de cada persona queda decidido.

Daniel continúa describiendo lo que vio en la visión: “Seguí mirando en la visión nocturna, y vi que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre; llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él” (vers. 13).

El Padre y el Hijo se sientan juntos para juzgar. Jesús se sienta en su trono junto al Padre al comienzo del Juicio. Luego, al final del Juicio, se pone de pie para liberar a su pueblo. Como hemos visto, la profecía de los 2.300 días (años) terminó en el año 1844. Desde entonces, hemos estado viviendo en lo que la Biblia llama la hora del Juicio de Dios. El Anciano de Días y Jesús, el Hijo del Hombre, se sientan en la corte celestial, para decidir el destino de cada ser humano. Al final del Juicio, Miguel se levantará.

¿Por qué Jesús es llamado el Hijo del Hombre en Daniel 7 y Miguel en el capítulo 12? Cada título, o nombre de Jesús, revela un aspecto diferente de su obra. Él es llamado el Hijo del Hombre en el juicio para mostrar que él nos entiende. Ha pasado por las pruebas de la Tierra. Se enfrentó a las mismas tentaciones que

todos los seres humanos enfrentan. Él venció y, por lo tanto, nosotros podemos vencer. Como Hijo del Hombre, él fue a la Cruz para revelar el amor insondable del Padre por nosotros y para tomar sobre sí mismo la culpa y la vergüenza de nuestro pecado. El Hijo del Hombre pendió de esa cruel Cruz, condenado como pecador en nuestro favor. “Al que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). El término Hijo del Hombre habla de un Jesús que nos conoce, vivió por nosotros, murió por nosotros, nos redimió, nos da poder y viene otra vez a buscarnos. El Evangelio de Juan registra: “El Padre a nadie juzga, sino que confió todo el juicio al Hijo” (Juan 5:22). Jesús es tanto nuestro Abogado como nuestro Juez.

El nombre Miguel es usado para referirse a Cristo como el Comandante en Jefe de todos los ángeles que vendrán en gloria, y vencerán al pecado y a Satanás para siempre. A veces, también es intercambiable con el título de Hijo del Hombre. Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27).

Cristo viene a recompensar “a cada uno según sus obras”. El Juicio debe tener lugar antes de su regreso, para determinar quién recibirá qué recompensa cuando él regrese. El Juicio no se realiza porque él lo necesite. Él es omnisciente, y ya lo sabe todo. Es por el bien del Universo, para que cada ser de los mundos no caídos pueda ver la justicia, la misericordia y el amor increíble de Dios.

Al final de este Juicio Preadvenimiento, o Investigativo, Jesús se levanta, señalando al Universo que todos han tomado su decisión final e irrevocable con respecto a cómo responderán a su amor y su gracia. El período de prueba está cerrado. Los destinos de

toda la humanidad han sido decididos. Apocalipsis 22:11 y 12 declara enfáticamente: “El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose. Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según sea su obra”.

Las naciones impías y los habitantes de la Tierra han sido juzgados y condenados en la sala del Trono de Dios. El Juicio ha mostrado que Dios extendió pacientemente su misericordia y su gracia, y que es justo en sus decisiones. El Juicio deja en claro que aquellos que están perdidos se han perdido porque se alejaron del amor de Dios y despreciaron su gracia, no porque Dios haya sido despiadado o injusto. El Juicio revela que Dios hizo todo lo que pudo para salvar a cada ser humano. El propósito del Juicio no es condenar a las personas; es revelar las decisiones que tomamos a la luz de la iniciativa amorosa de Dios para salvarnos. Si hemos aceptado a Cristo como nuestro Señor y Salvador, cuando nuestro nombre aparezca en el Juicio, el Hijo del Hombre hablará por nosotros. Él dice: “Esta persona me pertenece. Él (o ella) ha aceptado mi sacrificio y me ha pedido que cubra sus pecados con mi justicia”. En el Juicio, Jesús libera a su pueblo de la condenación de Satanás.

Al final del Juicio, Miguel se pone de pie. Hay un tiempo de angustia como nunca se ha conocido desde el principio del mundo. Una crisis de proporciones gigantescas estalla sobre este mundo. Las calamidades se suceden una tras otra. Ahí es cuando Miguel se pone de pie para finalmente liberar a su pueblo, “todos los que se hallen escritos en el libro” (Dan. 12:1).

Liberado, no raptado

Hay una idea prominente en algunos círculos cristianos hoy en día de que, de alguna manera, los cristianos son “arrebataados”

de la Tierra antes de que comience el tiempo de angustia. Sin embargo, no hay evidencia bíblica para esta creencia. ¿Fueron Sadrac, Mesac y Abed-nego arrebatados de Babilonia para que no tuvieran que enfrentar las llamas del horno de fuego? ¡No! En cambio, ¡Jesús fue a pararse en medio de las llamas con ellos! Daniel ¿fue arrebatado de la cueva de los leones? ¡No! Pero fue protegido por Dios de las bestias hambrientas. Cuando las plagas se derramaron sobre Egipto, ¿fueron los israelitas arrebatados de la Tierra para que no tuvieran que enfrentarlas? ¡No! Pero Dios los protegió y los preservó en medio de este terrible tiempo de angustia. Así será al final de los tiempos, durante el peor tiempo de angustia que jamás haya venido sobre la Tierra. El pueblo de Dios no será raptado secretamente y llevado al Cielo para evitar el tiempo de angustia. Más bien, Dios los protegerá. Note estas promesas bíblicas tranquilizadoras en los Salmos sobre la protección y la presencia de Dios durante las plagas:

Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no temeremos, aunque la tierra sea removida, aunque se traspasen los montes al corazón del mar (Sal. 46:1, 2).

El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso. Diré al Señor: “Tú eres mi refugio y mi fortaleza, mi Dios en quien confío” (Sal. 91:1, 2).

Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu diestra, pero a ti no llegará. Con tus ojos mirarás, y verás la retribución de los impíos. Porque has puesto al Señor, que es mi refugio, al Altísimo, por tu habitación, no te vendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Pues a sus ángeles

mandará por ti, que te guarden en todos tus caminos (Sal. 91:7-11).

Aunque estamos viviendo en la Tierra durante el tiempo de angustia, estamos seguros en la presencia de Jesús. Él es nuestro Refugio y nuestra Fortaleza.

Este tiempo de angustia se representa en el libro de Apocalipsis como siete terribles plagas que se derraman sobre la Tierra: llagas, el mar que se convierte en sangre, el agua que se convierte en sangre, un calor abrasador, tinieblas, demonios que hacen milagros, y terremotos y granizo (Apoc. 16). En medio de estas plagas, Jesús dice: “Miren que yo vengo como ladrón. ¡Bienaventurado el que vela y guarda su ropa!” (vers. 15). Claramente, Jesús regresa a la Tierra después de que las plagas han caído, no antes. Dios no arrebató a su pueblo de la Tierra antes del tiempo de angustia. Durante este tiempo, su pueblo mira más allá de las plagas para fijar sus ojos en su Salvador. Cuando todo apoyo terrenal es removido, ellos miran a Jesús. La promesa de su venida les da esperanza. Se aferran a sus promesas por fe.

Así como Jesús confió en su amoroso Padre celestial durante la agonía de la Cruz, el pueblo de Dios confía en él durante el conflicto final de la Tierra. Jesús estaba rodeado de tinieblas, condenado como culpable, y consumido por la agonía física y mental; sin embargo, por la fe, clamó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. 23:46). Su fe traspasó las tinieblas. Él confiaba en la relación que tenía con su Padre desde las edades interminables de la eternidad y sabía por fe que el Padre lo libraría. En la última hora de la Tierra, nosotros también tendremos la “fe de Jesús” y, rodeados de oscuridad durante el mayor tiempo de angustia de la historia, confiaremos en que Dios puede librarlos. Nos aferraremos a la promesa de su

regreso y confiaremos en su Palabra, a pesar de lo que vemos a nuestro alrededor. Deja que tu corazón se llene de las promesas de Cristo hoy.

El regreso de Jesús será glorioso

Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre [...] y verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo, con gran poder y gran majestad. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (Mat. 24:30, 31).

Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27).

Note que Mateo 24 dice que Jesús vendrá sobre “las nubes del cielo”, mientras Mateo 16 dice que vendrá “con sus ángeles”. Esas nubes del cielo son nubes de ángeles celestiales: miles de miles y diez mil veces diez mil. ¡Qué glorioso espectáculo! ¡El cielo, de un extremo a otro, estará iluminado por su gloria! ¡Así es como será cuando Miguel se levante para liberar a su pueblo!

Solo habrá dos grupos cuando Jesús regrese

No todos darán la bienvenida a este glorioso espectáculo. Daniel dice: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna” (Dan. 12:2). El apóstol Juan escribió:

El cielo se replegó como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla fueron removidos de su lugar. Entonces los reyes de la tierra, los grandes y los ricos, los capitanes y los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes. Y decían a los montes y a las peñas: “Caigan sobre nosotros y escóndannos de la vista de Aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque ha llegado el gran día de su ira, ¿y quién podrá quedar en pie?” (Apoc. 6:14-17).

El Jesús de quien ellos quieren esconderse es el Jesús que los amó y quiso salvarlos. Él se acercó a ellos, y ellos le dieron la espalda. En lugar de mirar a su rostro y regocijarse en su presencia, ellos quieren esconderse. El pecado huye de Dios. Cuando Adán y Eva pecaron en el Jardín del Edén, huyeron de Dios. Isaías dice: “Las iniquidades de ustedes los separaron de su Dios, y sus pecados han hecho que su rostro se oculte de ustedes para no escuchar” (Isa. 59:2).

¿Por qué Daniel 12:2 dice que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”? Jesús dijo, en Juan 5:28 y 29: “Vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la voz de Dios]. Y los que hicieron el bien resucitarán para vivir, pero los que hicieron el mal resucitarán para ser condenados“. El apóstol Pablo nos dice que los justos muertos serán resucitados para vida eterna cuando Jesús venga (1 Tes. 4:16). Apocalipsis nos dice que los muertos impíos no serán resucitados hasta mil años después de que Jesús haya regresado (Apoc. 20:5). Pero ¿qué quiere dar a entender Daniel al decir que “muchos“ de los que duermen en el polvo serán

despertados, algunos para la vida eterna, otros para vergüenza y confusión eterna? Veamos Apocalipsis 1:7. “Miren que viene con las nubes; y todo ojo lo verá, aun los que lo traspasaron”. Según este versículo, aquellos que crucificaron a Jesús serán resucitados para verlo regresar del Cielo en gloria. Habrá una resurrección especial que incluirá a algunos de los que tuvieron un papel más activo en la muerte de Jesús cuando él estuvo aquí en la Tierra. Lo vieron por última vez en la Cruz. ¡Ahora lo ven venir en gloria con todos los ángeles del Cielo!

Pero centrémonos en la gloria y la majestad de ese día maravilloso en que nuestro Salvador aparece como lo prometió. Centrémonos en aquellos que son resucitados para vida eterna. ¡Jesús viene avanzando por el pasillo del cielo, arrastrando nubes de ángeles resplandecientes! Su pueblo fiel, tanto los vivos como los que son resucitados, mira hacia arriba con alegría. Ellos gritan:

“¡Este es nuestro Dios!

Lo hemos esperado, y él nos salvará. Este es el Señor

a quien hemos esperado,

nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isa. 25:9).

A manera de cierre

Habrá solo dos grupos de personas cuando Jesús venga: aquellos que son eternamente salvos y aquellos que están eternamente perdidos. A medida que Gabriel termina su explicación de las profecías que Dios le dio a Daniel, dice: “Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará” (Dan. 12:4). Este texto no habla tanto sobre el conocimiento científico o el

conocimiento técnico; se está refiriendo principalmente al conocimiento de la Palabra de Dios. En el tiempo del fin, estas profecías serán comprendidas mejor y más plenamente. Aquellos que viven en el tiempo del fin tendrán un mayor conocimiento de la Palabra de Dios. Estarán buscando de un lado a otro con el fin de conocer la voluntad de Dios para su vida y sus planes para el mundo. Toda la luz de las edades brillará sobre la generación final.

A pesar de la explicación de Gabriel de las profecías, había mucho en las visiones que Daniel todavía no entendía. Al respecto, escribe:

Yo oí, pero no entendí. Y pregunté: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”

Él respondió: “Anda, Daniel, estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. [...] Descansarás, y en los últimos días te levantarás para recibir tu herencia” (vers. 8–13).

Como ves, Daniel no podía entender completamente, porque las profecías habían sido dadas para un tiempo lejano en el futuro: el tiempo del fin. Así que, el ángel simplemente le dijo: “Sé feliz, Daniel, con lo que Dios te ha mostrado y lo que entiendes. Sigue tu camino. Cierra el libro. La generación que vivirá en el tiempo del fin tendrá mayor conocimiento, porque vivirá en el tiempo al que apuntan las profecías”.

Esa generación es la nuestra. El tiempo se está acabando. La arena del reloj del tiempo pronto se habrá vaciado. ¡Pronto vamos a mirar hacia el cielo y veremos a Jesús! Dios te ama. Él quiere que seas salvo. Él quiere que vivas con él para siempre. Ha preparado un lugar para ti.

¿Por qué no, ahora mismo, cuando has terminado de leer este último capítulo, abres tu corazón al llamado del Espíritu Santo y elevas esta sencilla oración?:

“Querido Jesús, gracias por tu amor. Gracias por querer salvarme aún más de lo que quiero ser salvado. Gracias porque nunca te has rendido y nunca te rendirás conmigo. Te confieso mis pecados ahora mismo. Perdóname por mi rebelión contra tu voluntad. Perdona mi descuido de tu Palabra. Abre mi corazón para que se llene de tu gracia. Elijo vivir para ti, servirte y seguirte, hoy y siempre. Sé que no tengo poder para cumplir con este compromiso, así que te pido que me proporciones la fuerza para hacer tu voluntad. Te alabo porque soy tu hijo. Me has redimido en la Cruz y estás viviendo como mi gran Sumo Sacerdote en el Santuario celestial para animarme, fortalecerme y capacitarme para vivir una vida piadosa. Gracias por todo lo que has hecho, estás haciendo y harás por mí ahora y para siempre. En tu nombre, amén.